

OTITOCUEPQUEH: REGRESAMOS.
LOS POBLADORES PREHISPÁNICOS DE GUANAJUATO

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Durante largo tiempo el conocimiento acerca de los pueblos y culturas prehispánicas que se desarrollaron en Guanajuato fue muy limitado. La atención de los arqueólogos e historiadores estuvo concentrada en los grandes estados o señoríos del altiplano, sobre todo en Teotihuacan, Cholula y Tula, así como en otras áreas de Mesoamérica. Se habían explorado, al menos en parte, lugares incluso más apartados en el norte, como La Quemada y Chalchihuites, en Zacatecas, y aun en regiones más septentrionales. La principal excepción, en lo que concierne al territorio del actual Guanajuato, la constituyó Chupícuaro, ubicado en las márgenes del río Lerma, que hoy está cubierto por las aguas de la presa Solís.

Chupícuaro, cuyo florecimiento cultural en el tiempo no se ha podido precisar del todo, se desarrolló a lo largo de varios siglos. Abarcaron ellos una parte del periodo preclásico superior mesoamericano, antes de la era cristiana, y se prolongaron hasta alrededor de 400 d. C. En opinión de Beatriz Braniff Cornejo, que es una de las más conspicuas investigadoras de la extensa área conocida como la “Gran Chichimeca” que incluye a Guanajuato, Chupícuaro “se inscribe en una larga tradición iniciada en el occidente de México, en los antiguos sitios de El Opeño, Michoacán y Capachan, Colima”.¹

Un avance importante en las investigaciones arqueológicas en Guanajuato fue descubrir a través de cerámica producida en Morales, cerca del actual San Miguel Allende, que la influencia de Chupícuaro se extendió hacia dicho lugar y al noroeste de Guanajuato y mucho más al norte. Esto solo, sin embargo, no ilumina cabalmente la historia de la presencia y desarrollo de los varios pueblos y culturas que han florecido en el territorio de Guanajuato.

¹ Beatriz Braniff Cornejo, “La tradición del Golfo y la tradición Chupícuaro-Tolteca”, en Beatriz Braniff (coord.), *La Gran Chichimeca, el lugar de las rocas secas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001, p. 100.

Para intentar comprender cómo se desarrollaron en diversas épocas los pobladores de lo que hoy es México, y específicamente de Guanajuato, es necesario remontarse hasta un pasado lejano. La población arcaica o primera que se estableció en América, concentrándonos en lo que hoy es México, tiene una antigüedad cercana a los 30 mil años. Esos pobladores arcaicos practicaban la caza, la pesca y la recolección.

Un ejemplo de esa forma de subsistencia la ofrecen los vestigios dejados por los habitantes prehispánicos de la Península de California que se mantuvieron a través de milenios en una especie de paleolítico fosilizado. En muchos lugares, cerca de las costas, existen los llamados “concheros”, que son acumulaciones en forma de montículos, con conchas arrojadas allí por quienes habían consumido los moluscos. En cuanto a la cacería, hay pinturas rupestres en cuevas y abrigos rocosos en varios lugares que muestran cómo tales gentes la practicaban flechando conejos, venados y otros animales. De la recolección de frutos y otros vegetales hay numerosos testimonios de cronistas de origen europeo que describen cómo los californios recogían pitahayas dulces y amargas, garambullos, biznagas y otros varios frutos silvestres.

Dando un salto en el tiempo, hay vestigios de cambios muy significativos. De modo paralelo a lo que ocurrió en otros lugares del planeta, también en dos regiones nucleares del hemisferio occidental, en las hoy conocidas como Mesoamérica y la zona andina central, se fueron consolidando estructuras y rasgos que condujeron a grandes transformaciones que culminaron en el nacimiento de civilizaciones originarias. Tales desarrollos no fueron producto de influencias de otros pueblos, sino que allí se fueron consolidando autónomamente. En este sentido, las civilizaciones originarias de Mesoamérica y de la zona andina guardan en diversos grados semejanzas con los focos originarios que surgieron en Egipto, Mesopotamia, el Valle del Indo y el del Río Amarillo en China.

El caso de Mesoamérica

En Mesoamérica se produjeron florecimientos culturales que abarcaron sucesivamente a distintos pueblos, habitantes de diferentes regiones. Ello ocurrió a partir de zonas cercanas a las costas del golfo de México, en los límites de los actuales estados de Veracruz y Tabasco. Los pobladores de esa religión, los conocidos como olmecas, es decir “gente de la zona del hule” o del caucho, se expandirían después influyendo paulatinamente en otros pueblos. Los orígenes del florecimiento olmeca datan del segundo milenio a. C.

Los arqueólogos han descubierto varios sitios en la zona olmeca donde se conservan restos de edificaciones, que incluyen templos, altares y palacios, así como esculturas, unas monumentales y otras de tamaño menor, algunas de las cuales ostentan signos glíficos. Esos descubrimientos han llevado a inferir que quienes produjeron todo eso, debieron haber desarrollado complejas formas de organización social, política, económica y religiosa. De esto dan testimonio las que parecen ser efigies de deidades, gobernantes y guerreros. Partiendo del conocimiento de esas creaciones y también del estudio de su cerámica, se ha constatado que elementos y rasgos de la creatividad olmeca aparecen más tarde en otros lugares de una Mesoamérica cuya extensión se fue así ampliando.

La influencia olmeca en la que vino a ser luego el área maya en la península de Yucatán, Chiapas, Guatemala, Oaxaca, el altiplano central, el occidente de México y a lo largo de la vertiente del Golfo y zonas colindantes, modificó sustancialmente el mapa cultural de Mesoamérica. Ésta se consolidó en una extensión mucho más amplia y a la vez dio lugar a distintos estilos regionales. De esta suerte, cerca de la mitad de lo que hoy es México dejó de ser tierra de recolectores, cazadores y pescadores. A partir de entonces toda esa gran extensión que, como veremos, llegó a abarcar también, durante bastante tiempo, varios lugares de Guanajuato y el norte de México, así como a Belice, El Salvador y algunas partes de Nicaragua y Costa Rica, participó en los logros de la civilización originaria mesoamericana.

No es éste el lugar para enumerar y describir los estilos, instituciones y otras creaciones culturales que, desde el periodo preclásico medio y superior y luego en el clásico y el posclásico, fueron confirmando a Mesoamérica una fisonomía cultural enriquecida, una y múltiple a la vez. Sí importa anotar, en cambio, que los mesoamericanos, particularmente los teotihuacanos y otros como los huastecos y los purépechas, irradiaron a su vez de varias formas su influencia cultural hacia muchos ámbitos en el norte, donde perduraban los recolectores, cazadores y pescadores.

Penetración mesoamericana hacia el norte

Una primera forma de penetración fue a través de la difusión indirecta de varios importantes logros alcanzados por los mesoamericanos. De este modo llegaron, en oleadas sucesivas, incluso desde antes del periodo clásico, elementos de suma importancia a pueblos del norte, dentro de la que se ha llamado “tradición cultural del desierto”. Tal

fue el caso de la cerámica y la agricultura, en particular del maíz, la calabaza, el frijol y el chile. Consta que años antes de la era cristiana grupos tan apartados como los hohokam y los de culturas Anazasi y Mogollón, en lo que son hoy Nuevo México y Arizona, cultivaban maíz y tenían sistemas de regadío.

Otra forma de penetración mesoamericana se produjo hacia el norte, la que interesa de modo especial para conocer lo que ocurrió en regiones de los actuales estados de Querétaro, Guanajuato y Zacatecas. Principalmente desde los tiempos del florecimiento de la metrópoli teotihuacana, y aun desde antes —como lo muestran los hallazgos arqueológicos en arquitectura, cerámica y otros—, los portadores de la cultura mesoamericana fueron avanzando y estableciendo, con diversos propósitos, centros en el norte. Algunos constituyeron “marcas” o avanzadas de carácter defensivo para evitar la penetración de los chichimecas hacia el sur, aplicando aquí este nombre a los pueblos seminómadas. Otros fueron asentamientos, especie de áreas de colonización. Dichos asentamientos fueron desplazando a los antiguos pobladores chichimecas y con el paso del tiempo dieron lugar a la que Beatriz Braniff ha llamado “Mesoamérica septentrional”.

Además de las penetraciones hacia el norte desde la región central de México, hubo otras provenientes del ámbito del Golfo de México y también de Michoacán. Indicios de la penetración de gentes mesoamericanas originarias de la zona veracruzana son “los yugos y las palmas” descubiertos en la Sierra Gorda de Querétaro. A su vez, como ya se dijo, en Chupícuaro y lugares cercanos, en el actual Guanajuato, se han localizado objetos y tradiciones culturales que muestran intercambios, en diversos tiempos, con la zona michoacana, así como con Teotihuacan. Entre tales elementos sobresalen varias figuras humanas y zoomorfas en cerámica, así como edificaciones con plataformas, patios y montículos. En particular Chupícuaro, que mantuvo su importancia durante largo tiempo, recibió influencias de diversos focos mesoamericanos y a su vez irradió otras en distintas épocas; se constituyó así como centro de un complejo cultural en Guanajuato que influyó hacia el norte, incluso en lugares de Zacatecas y mucho más al septentrión hasta Arizona.² El caso de Chipícuaro pone de manifiesto la complejidad de la historia cultural en la formación de la Mesoamérica septentrional, así como las dificultades, hasta ahora no superadas del todo, para develarla de algún modo.

² Braniff, *op. cit.*, p. 104.

*Los pobladores prehispánicos de Guanajuato
y sus diversos desarrollos culturales*

Nos acercamos ya al tema central de nuestro interés. Se dispone de fuentes de información para conocer siquiera un poco cuáles fueron los antiguos pobladores y los distintos desarrollos culturales prehispánicos en lo que hoy es Guanajuato.

Los testimonios al alcance comprenden los hallazgos arqueológicos en sitios como Plazuelas, Peralta, El Cópore, Morales, Cañada de la Virgen, San Miguel Viejo y el ya mencionado Chupícuaro. Aunque estos hallazgos son fruto de limitadas exploraciones y las evidencias que proporcionan son objeto de ciertas controversias, puede afirmarse que tienen considerable significación. Citaré aquí la importante publicación debida a Carlos Castañeda López, Gabriela Zepeda, Efraín Cárdenas y Alberto Torreblanca, titulada *Zonas arqueológicas de Guanajuato*, que precisamente versa sobre los más recientes hallazgos realizados en las zonas de Plazuelas, Cañada de la Virgen, Peralta y el Cópore.³

Otro género de testimonios, si se quiere indirectos, lo proporcionan imágenes en pinturas y en algunos códices indígenas. Aunque no provienen de lugar alguno en Guanajuato, revelan diferencias entre las formas de vida de los pueblos nómadas recolectores y cazadores y de los sedentarios en aldeas y centros ceremoniales y urbanos. Sobresalen en este género de fuentes la llamada *Historia tolteca-chichimeca*, así como los códices *Xólotl*, *Plotzin* y *Quimatzin* que, puestos en parangón con otros como el *Borbónico*, hacen ver, a través de sus indumentarias y diversos objetos, los grandes contrastes que existían entre los nómadas o chichimecas y los mesoamericanos o toltecas. La información, aunque de carácter analógico, que proporcionan estas fuentes no carece de interés.

Un tercer conjunto de fuentes lo encontramos en algunos textos en lengua náhuatl recogidos en el siglo XVI. Si bien estas fuentes son tardías, revelan la existencia de arraigadas tradiciones históricas. Permiten ellas confirmar y esclarecer indicios derivados de las excavaciones arqueológicas que revelan las etapas de ocupación de distintos sitios por diversos pueblos.⁴

³ Carlos Castañeda López et al., *Zonas arqueológicas de Guanajuato. Cuatro casos: Plazuelas, Cañada de la Virgen, Peralta y el Cópore*, Guanajuato, Fideicomiso de Administración e Inversión para la Realización de las Actividades de Rescate y Conservación de Sitios Arqueológicos en el Estado de Guanajuato, 2007.

⁴ Sobresale entre esas fuentes: fray Bernardino de Sahagún, *Códice florentino, Historia general de las cosas de Nueva España*, Manuscrito 218-220 de la Colección Palatina de la Biblio-

Puede pensarse que, como en otros lugares situados más al norte de México, la población más antigua en territorios de Querétaro y Guanajuato estuvo formada por bandas de recolectores, cazadores y pescadores en ríos y lagos. En esto su situación se diferenció durante mucho tiempo de la prevalente en los ámbitos situados al sur en los que la cultura mesoamericana había ya penetrado. Lo expuesto, aunque sea somero en los casos de la Sierra Gorda y de Chupícuaro, confirma ya la existencia de influencias veracruzanas y michoacanas respectivamente.

Los hallazgos arqueológicos logrados en los sitios de Plazuelas, Cañada de la Virgen, Peralta y el Cópore, estudiados en el libro al que me he referido, así como otros, entre ellos el sitio conocido como El Cerrito, en Querétaro, y Morales, San Miguel Viejo y Tierra Blanca, en Guanajuato, permiten formular importantes inferencias. Según Beatriz Braniff, “después de Chupícuaro, [los territorios] de Guanajuato y Querétaro alcanzan grandes avances: surgen por todas partes muchos pueblos y asentamientos complejos [...], especialmente después de 500 d. C. [Los cambios] incluyen centros de gran importancia que, evidentemente, confirman la existencia de sociedades estratificadas”.⁵

Entre los cambios que se produjeron sobresale la aparición de una arquitectura de grandes proporciones con pirámides en asociación con patios hundidos, la que se puede fechar hacia 300-450 d. C. En “Casas tapadas”, en la zona de Plazuelas, son visibles basamentos con tableros y taludes que evocan los de Teotihuacan. En la misma Plazuelas, cuya edificación abarcó varias etapas constructivas, se ha descubierto buen número de maquetas de recintos ceremoniales, talladas en piedra. Otras piedras ostentan representaciones claramente de estilo mesoamericano, como la de una serpiente de cascabel y otra de una figura humana de cuya boca sale una voluta o vírgula de la palabra con una flor en su extremo, sin duda inspiración también mesoamericana y específicamente teotihuacana.⁶

Podríamos atender a las otras zonas arqueológicas ya mencionadas y señalar las influencias mesoamericanas patentes en ellas. De esto se han ocupado los autores del ya citado libro *Zonas arqueológicas de Guanajuato*, así como la también citada Beatriz Braniff y, entre otros, Jorge Ramos de la Vega. No es necesario insistir en esto pues está a la vista la influencia mesoamericana en tales zonas y en varias otras. Cabe añadir al menos que en algunas de esas zonas se han descubierto evi-

teca Medicea-Laurenziana, edición facsimilar, 3 v., México, Florencia, Casa Editorial Giunti-Barbera, Archivo General de la Nación, 1979, t. III, libro X, fol. 114 v. y siguientes.

⁵ Braniff, *op. cit.*, p. 104.

⁶ Véase Carlos Castañeda López, *op. cit.*, p. 17-65.

dencias de intercambios comerciales, unos de carácter agrícola y otros de objetos de turquesa, conchas de caracol y jadeitas, procedentes de lugares muy distantes. A su vez, debe notarse que estos centros, de la que debemos llamar Mesoamérica septentrional guanajuatense, influyeron hacia el norte, en Zacatecas, y aún más allá.

Una pregunta puede formularse ahora: ¿qué ocurrió, al consolidarse estos centros de rasgos mesoamericanos, con los pobladores más antiguos, los chichimecas seminómadas? Sin duda hubo reacomodos de pueblos y cabe anticipar que los chichimecas que fueron entonces desplazados, retornarían más tarde. Ello ocurrió cuando los pueblos y ciudades establecidas por los mesoamericanos que habían penetrado allí, entraron en decadencia y fueron abandonados desde fines del periodo clásico y en el posclásico. Debe tenerse presente que los habitantes de Teotihuacan son descritos como toltecas en algunos textos, en el sentido de gente culta. La existencia de varias Tulas, es decir metrópolis, como Tollan Chololan y Tollan Xicocotitlan, se debió a quienes sucesivamente las habitaron y se hicieron acreedores al gentilicio de toltecas. La arqueología ha revelado que, hacia 650 d. C. o algo después, cerámica de tipo Coyotlatelco, producida después del abandono de Teotihuacan, aparece en varios lugares de Guanajuato.

Fue hacia ese tiempo, entre 900 y 1200 d. C., cuando la ciudad de Tula Xicocotitlan tuvo su florecimiento. En ella son visibles influencias teotihuacanas, también procedentes de Querétaro y Guanajuato, así como de lugares más al norte, en Zacatecas. Entre otras cosas se edificó, como en Chalchihuites, una sala con columnas, un *coateopantli* o muro exterior y un *tzompantli* para colocar los cráneos de los sacrificados. Estas influencias que se presentan en Tula Xicocotitlan, coinciden con la decadencia de buena parte de la Mesoamérica septentrional. Eso ocurrió en Guanajuato, mientras en otros lugares, como en el mencionado sitio de El Cerrito, en Querétaro, se mantiene la relación con Tula. Todo esto hace ver que, al iniciarse el periodo posclásico, ocurrieran muchos movimientos de pueblos que hasta ahora no ha podido esclarecer cabalmente la arqueología.

El retorno de los mesoamericanos hacia el altiplano central

En tanto que el abandono de muchos sitios en la Mesoamérica septentrional ha sido comprobado por la arqueología, fuentes escritas en náhuatl aseveran paralelamente que entonces se produjo el retorno de los que son llamados en ellas tolteca-chichimecas. Citaré aquí, traducéndolos del náhuatl, varios textos que se refieren a esto.

Proceden ellos de la sección del *Códice florentino* en que se incluyen testimonios de los indígenas que entrevistó fray Bernardino de Sahagún. En la parte final del libro X de dicho código, se habla “De todas las generaciones de pueblos que a esta tierra han venido a poblar.”⁷

Se describen allí primeramente cómo eran las formas de vida de los toltecas y la de los varios géneros de chichimecas. En tanto que los toltecas de origen teotihuacano aparecen como gentes de gran refinamiento cultural y seguidores de Quetzalcóatl, los otros de los que se dice había tres maneras de chichimecas, se presentan como gente que vive precariamente. Unos chichimecas eran los otomíes, sobre los que se proporciona bastante información en la que aparecen con algunos atributos positivos y otros bastante negativos. Eran también chichimecas —según estos testimonios— los llamados tamines, gentes de la flecha y el arco. Hablaban ellos una lengua de la que no se proporciona el nombre pero que era probablemente de la familia pame, aunque se añade que algunos conocían “de alguna manera” el náhuatl o el otomí.

El tercer género era el de los teochichimecas “que quiere decir del todo bárbaros”, llamados también zacachichimecas, gente silvestre y nómada. De éstos dice el texto en náhuatl:

Son los que viven entre los matorrales, en los bosques; los que viven aislados en los lugares desérticos, en montes y cuevas. Sólo andan de aquí para allá [...]. Cuando les cae la noche, buscan una cueva, un abrigo rocoso y allí duermen [...]. Llevan siempre consigo sus arcos [...]. Todos estos auténticos chichimecas conocen las propiedades de muchas yerbas. Descubrieron ellos el peyote. Su vestido es de pieles [...]. Su alimento es nopales, tunas, raíces de cimatl, cactus, miel de maguey, flores de yuca, miel de abejas silvestres, carne de conejo, serpiente, venado y de otros animales.⁸

Al concluir la descripción de estos chichimecas bárbaros se añade que algunos de ellos, además de hablar su propia lengua conocían también el náhuatl, otros el otomí o el huasteco.

Volviendo a tratar acerca de los toltecas teotihuacanos, el texto que venimos citando se refiere a aquello mismo que ha comprobado la arqueología acerca de los mesoamericanos que habían avanzado hacia el norte:

Ellos buscaron tierras, encontraron llanuras y desiertos. Aquel a quien adoraban los acompañaba y les iba hablando. No podían ya recordar

⁷ *Códice florentino*, *op. cit.*, III, libro X, fol. 120 v, y siguientes.

⁸ *Ibidem.*, fol. 146r y v.

cuanto tiempo estuvieron caminando. Durante mucho tiempo anduvieron en los desiertos. Fueron a establecerse en la llanura, entre los montes, en lugares pedregosos, muy difíciles de llegar. La gente lloraba y estaba triste [...]

Y en donde estaban, según se dice, allí hay siete cuevas. Diversas gentes las convirtieron en lugares de adoración; allí durante mucho tiempo iban a hacer ofrendas. Ya no se acuerdan cuánto tiempo estuvieron allí.

Más tarde, aquel a quien adoraban estos toltecas les manifestó: regresad, marchad al lugar del que habéis venido. Entonces fueron a hacer ofrendas a Chicomóztoc, el lugar de las siete cuevas. Enseguida se pusieron en marcha.⁹

En el manuscrito, mencionado ya, de la *Historia tolteca-chichimeca* en sus folios 5r y 16r hay dos pinturas de Chicomóztoc, las siete cuevas. En la primera aparecen, abajo, las figuras de cuatro señores ricamente ataviados que salen de allí con rumbo a Tula; en el otro folio vuelve a verse a dos de los mismos personajes toltecas y a otros dos que son chichimecas con sus arcos y flechas, cubiertos con capas hechas de pieles. El texto en náhuatl expresa que se dirigen hacia Cholula.¹⁰

Es interesante notar que Chicomóztoc aparece situado en el Cerro Colhuacan o Colihquí, como lo indica el correspondiente glifo en la parte superior. Según Paul Kirchhoff, ese cerro verosímilmente puede identificarse con el llamado de Culiacán, cercano a San Isidro Culiacán, en el estado de Guanajuato.¹¹

Así, el antiguo relato en náhuatl habla primero de una marcha hacia los lugares desérticos y pedregosos del norte, de la estancia de esos mesoamericanos en donde había siete cuevas y de cómo permanecieron allí adorando al dios que con frecuencia les hablaba. Después de indicar que allí permanecieron por largo tiempo, se refiere que un día su dios les manifestó que debían regresar al lugar de donde habían salido. De su retorno se dice que llegaron a un lugar llamado Tollantzincó, palabra que significa “la pequeña Tula”. Implícitamente dejan entender que, al regresar, se encaminaron hacia el sur y buscaron dónde podrían establecerse al modo antiguo, hoy diríamos, a la manera mesoamericana. El texto continúa refiriendo que de Tollantzincó llegaron a Tula Xicocotlan. Esto lo corrobora la arqueología que ha

⁹ *Códice florentino, loc. cit.*

¹⁰ *Historia tolteca-chichimeca*, edición, traducción del náhuatl y notas de Lina Odena Güémez y Luis Reyes García, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 142-143 y 157-158.

¹¹ Paul Kirchhoff, “Das Toltekereich und sein Untergang”, *Saeculum*, v. XII, 3, Munich, 1961, p. 59-67.

permitido la localización allí de vestigios nortños. Citaré, una vez más, a Beatriz Braniff que dice:

Los años 900-1220, [es decir algún tiempo después de que se abandonaron los sitios nortños en que habían vivido los mesoamericanos], corresponden al gran auge de la Tula Hidalgo donde, además de las varias herencias teotihuacanas, se encuentra una gran cantidad de elementos nortños, no solamente cerámicas procedentes de Guanajuato y Queretano, sino rasgos arquitectónicos como la sala de las columnas, el *coateopantli*, el *tzompantli*, la imagen del chacmool, el motivo del águila que devora una serpiente y la turquesa procedentes de Zacatecas y motivos ideológicos como los dioses Tonacatecuhtli y Tonacacihuatl.¹²

El relato en náhuatl del *Códice florentino* prosigue refiriendo que hubo otras gentes que siguieron a esos toltecas teotihuacanos. Entre ellos estuvieron algunos chichimecas y también algunos *michhuaque*, es decir purépechas, gente que había tenido contacto con los chichimecas entonces estaban retornando a lugares de Guanajuato y Querétaro. Tales purépechas, como lo muestra la arqueología y la toponimia de varios lugares del sur de Guanajuato, como Cuitzeo, Acámbaro, Yuriria, Silao, Pénjamo y el mismo nombre de la capital, fueron asentándose en esas tierras, abandonadas ya por los toltecas. Su entrada en Guanajuato ocurrió entre los años 800 d. C. y siguientes.

El mismo *Códice florentino* declara que los que regresaron hacia el sur, antes de salir, “primero fueron a hacer ofrendas en las cuevas, en Chicomóztoc”.¹³ A esto parecen referirse las pinturas ya citadas en la *Historia tolteca-chichimeca*.

El texto del *Florentino* recuerda luego lo que ocurrió después de que los toltecas de origen teotihuacano abandonaron Chicomóztoc para regresar al lugar en el sur del que mucho tiempo antes habían partido. Al decir de dicho texto, “grupos de michhuaques [purépechas] los siguieron” pero ellos se dirigieron “hacia donde se oculta el sol”, es decir al poniente en tierra michoacana. Luego se nombran otros grupos que hicieron lo mismo, los que son bien conocidos y que, al adaptarse en poco tiempo a la forma mesoamericana de existencia, denotan que eran también originalmente gente que había salido de Mesoamérica y se había establecido en el norte. Esos grupos fueron los tepanecas, acolhuas, chalcas, huexotzincas y tlaxcaltecas. Los últimos en salir fueron los que más tarde se conocieron como mexicas. Según el texto:

¹² Braniff, *op. cit.*, p. 109.

¹³ *Códice florentino*, III, libro X, fol. 146 v.

Su dios les habló y les dijo: id, regresad al lugar del que habéis venido, yo os guiaré, yo os mostraré el camino. Entonces se pusieron ellos en movimiento. Y llegaron acá. Los lugares por los que pasaron los mexicas existen y están pintados, se nombran en lengua mexicana.¹⁴

Importa notar que el mismo texto indica que también partieron de la región de Chicomóztoc algunos llamados *teochichimecas*, genuinos chichimecas, los bárbaros de la flecha y el arco. Esto puede tal vez referirse a las gentes capitaneadas por Xólotl que, a la caída de Tula Xicocotitlan, hicieron su incursión en el valle de México. A diferencia de los otros que también habían marchado hacia el sur, éstos eran nómadas probablemente de filiación pame.¹⁵

Una última consideración expresa el mismo texto del *Florentino*. Se dice en él que:

Estos diferentes pueblos se llaman a sí mismos chichimecas. Todos se ufanan de la *chichimecáyotl*, el ser propio del chichimeco, porque todos habían ido a vivir en tierra chichimeca [es decir al norte] y todos de allí habían regresado. Pero el nombre de ese lugar no es tierra chichimeca. El nombre es tierras desiertas, casa de los dardos, el norte. Sólo se le llama tierra chichimeca porque allí viven los chichimecas que comen y beben de lo que cazan. Se dice que los mexicas se llaman a sí mismos achichimecas, pero se dice que se llaman a sí mismos ataca chichimecas, gente del agua.

Los diferentes pueblos nahuas también se nombran chichimecas porque regresan de la tierra chichimeca, volvieron de donde se dice Chicomóztoc [...]. Los toltecas también se dicen chichimecas; los otomíes también se llaman chichimecas, otochichimecas. Los michhuaques también se nombran chichimecas. Los pueblos que viven al oriente no se llaman chichimecas. Se nombran olmecas, huixtotin nonoalcas.¹⁶

A modo de conclusión

La correlación que he intentado entre lo que conocemos por la arqueología acerca de la que se ha llamado Mesoamérica septentrional y los textos en náhuatl, así como lo que aportan la *Historia tolteca-chichimeca*, el *Códice Xólotl* y otros manuscritos, es bastante elocuente. Confirma que hubo grupos mesoamericanos, buen número de origen

¹⁴ *Ibidem*, fol. 147v.

¹⁵ Véase *Códice Xólotl*, edición de Charles E. Dibble, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980.

¹⁶ *Códice florentino*, III, libro X, fol. 149v.

teotihuacano, que durante el periodo clásico penetraron en el norte y se establecieron allí en varios lugares, particularmente en Querétaro, Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí, donde estuvieron viviendo durante varios siglos.

También la arqueología, los textos nahuas y el testimonio de varios códices muestra que esos mesoamericanos regresaron hacia fines del clásico a la región central. Así lo dejan ver los sitios arqueológicos abandonados por ellos y la reiterada afirmación de que *otitocupqueh*, “regresamos”. Fue entonces cuando los teochchimecas, es decir los genuinos chichimecas, los de la flecha y el arco, los seminómadas que el mismo texto ha descrito en detalle, volvieron a ocupar las tierras de las que los mesoamericanos los habían desplazado.

Se contrajo entonces Mesoamérica, es decir el ámbito geográfico donde floreció durante siglos la alta cultura. En tiempos de la llegada de los españoles y durante los años que siguieron a ella ese norte fue tierra de chichimecas en el sentido de la descripción que hizo Sahagún de ellos como zacachichimecas, silvestres y seminómadas. No pocos de éstos opusieron gran resistencia a la penetración española. Hay también indicios de que algunos de esos chichimecas, debido a los contactos mantenidos con los mesoamericanos, habían modificado sus formas de vida. Tal parece que fue el caso de los caxcanes, los llamados mexicaneros y los tepehuanes que permanecieron en el norte y se rebelaron varias veces contra los españoles.¹⁷ En la actualidad, además de grupos como los tepehuanes y los mexicaneros, subsisten otros de lengua pame, los chichimecas jonaces y los pames o simplemente chichimecas que perduran en varios lugares de San Luis Potosí, en Guanajuato cerca de San Luis de La Paz, y en Querétaro.

Varios grupos de otomíes, probables descendientes de los que en diversos lugares vivieron al lado de otros pueblos principalmente nahuas, habitan actualmente en regiones como la de Tolimán y Amealco en Querétaro y en otros varios lugares de los estados del centro del país.

El esbozo que he intentado acerca de lo que parece haber sido la presencia de diversos pobladores en el actual Guanajuato muestra la importancia que tiene tratar de correlacionar los diversos géneros de testimonios al alcance. De lo que ellos expresan pueden sacarse

¹⁷ Los caxcanes, que se rebelaron en 1540, hablaban una variante del náhuatl y poseían algunos elementos culturales mesoamericanos. Véase Miguel León-Portilla, *Francisco Tenamaztle, primer guerrillero de América*, segunda edición, México, Diana, 2005. Respecto de los mexicanos de San Pedro Jícora, en Durango, se conservan textos en náhuatl recogidos por Konrad Theodor Preuss en 1906 que muestran significativas supervivencias culturales de origen mesoamericano. Véase Konrad Theodor Preuss, *Nahua-Texte aus San Pedro Jícora in Durango*, 3 v., editados por Elsa Ziehm, Berlin, Gebr. Mann Verlas, 1968-1976.

algunas conclusiones. La primera es que dicho territorio tuvo una población nómada muy antigua que, sorpresivamente, después de ser al menos parcialmente desplazada de allí, reapareció algunos siglos antes de la llegada de los españoles. También puede afirmarse que, correspondiendo cronológicamente con el periodo clásico de Mesoamérica, hubo penetraciones y asentamientos en Guanajuato y otros lugares, de gentes procedentes de esa área geográfico-cultural. De esa presencia la arqueología ha descubierto notables vestigios que permiten afirmar que en territorios como el de Guanajuato y otros al norte se consolidó una importante prolongación de Mesoamérica.

Es también altamente probable que, si se continúan allí las exploraciones arqueológicas, saldrán a luz vestigios y otros testimonios culturales de muy grande interés. Puede decirse asimismo que la arqueología, coincidiendo con lo expresado por algunos códices y varios textos en náhuatl de la antigua tradición, transvasados a escritura alfabética en el siglo XVI, hace ver que esos asentamientos mesoamericanos en territorio de Guanajuato y regiones vecinas y aun mucho más al norte, fueron abandonados sin que hasta ahora puedan establecerse claramente la causa de ello. Como hipótesis se ha insinuado que ello pudo deberse a conflictos internos, a presión de los antiguos pobladores chichimecas e incluso a cambios climáticos.

Consta también que, al regresar al centro de México desde el norte, los descendientes de esos antiguos mesoamericanos fundaron otros señoríos, entre ellos el de Tula Xicotitlan en el actual estado de Hidalgo. Finalmente, puede afirmarse que en el territorio de Guanajuato permanecieron hasta la llegada de los españoles grupos chichimecas, algunos de filiación lingüística otopame y también no pocos purépechas en la porción meridional de ese territorio. Durante un prolongado lapso de tiempo los chichimecas con gran fiereza obstaculizaron no sólo la penetración española al norte del país sino incluso las comunicaciones de quienes marchaban sobre todo hacia Zacatecas para las explotaciones mineras.

Esta historia milenaria empieza ahora a salir a la luz. Han sido sobre todo los trabajos de los arqueólogos, algunos de ellos guanajuatenses que, siguiendo los pasos de Beatriz Braniff Cornejo, han ampliado grandemente nuestros conocimientos de la secuencia cultural de una gran parte de México. Han hecho posible tomar conciencia de que nuestro pasado indígena, lejos de estar fragmentado, tuvo unidad a lo largo de varios siglos. En esto lo que es hoy Guanajuato tuvo papel primordial, como lo llegó a tener mucho después en los años en que se gestó la independencia del país.

